

Sr. Rodrigo Dávila V.
1^{er} Año de Derecho

SI 6079

UNIVERSIDAD DE CUENCA

Presencia de la Poesía Cuencana

4

Bolívar Dávila

Selección y Nota de Rigoberto Cordero y León

"ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA"

—:0:—

1953



E861.4

si6079

mfn 141229
(way)



E805
U48P
S16079

BOLIVAR DAVILA

Sea conmigo el espíritu de la angustia, la irremediable noche chopiniana, la incurable tristeza... Porque he de evocar nombre que tiembla con temblor de infinito, porque he de traer por los caminos la figura de Bolívar Dávila, esencia de tristeza, cumbre de soledades y de pena, queja perdida en la inclemencia de los olvidos, encarnación de cuanto imposible pudo albergar esta tierra nuestra...

El recuerdo de Bolívar me es de actualidad anímica dolorosa y cierta... Su presencia, porque siento su intangible presencia, tiene el sentido cristalino y angustiante de una lágrima... Su querida sombra me es amargura en los labios y le siento más allá de la vida, fantasma de sí mismo, evanescencia de su propio torturado espíritu, música inquietante... Cuando todo se calla en hora de pura tiniebla, oigo su tos y el espuerto anocheciendo más la noche y, al propio tiempo, purificándola de sangre dolida... Las alas del viento me lo traen tal como era, tal como quedó en el pozo de mi alma, tal como quedara en sus versos de tristeza infinita y de suprema belleza...

70-70-2102

1.00

Bolívar tenía dos virtudes eminentes: la rebeldía y la tristeza... Rebelde porque la vida hubo de mandarlo así: pobre, enfermo, incomprendido, llevaba en su pensamiento el recuerdo remoto, en remontanza de niñez atormentada, de su padre, predicador de libertades en tiempo obscuro, sacrificado innoblemente por el fanatismo torvo... Triste, sí, triste hasta la muerte, con la imagen sagrada de la madre borrada cuando apenas el niño empezaba a leer el diccionario de los pétalos: él mismo contaba, con esa palabra suya desbordada de abismos, que la madre, con el último beso de amor y de dolor, le transmitió la tisis... Después?... El amor?... No, no podía ser bien amado de puro humano amor quien miraba a la Única en cada noche de fiebre tormentosa... Alguna vez, la muchacha idealizada por el Poeta, quizá llevada en sus iniciales sonrisas sólo por la armonía del verso, alguna vez, digo, en que diera pruebas de poco amor por el hombre que se iba borrando de la vida, Bolívar le dedicó frase más dura que un puñal y, no obstante, más bella que la luz pura incidiendo en el puñal: "A que seas mi novia te hace falta el bautizo de un rayo de infinito"...

Lo recuerdo en su integridad de tristeza total... La tisis, su sola compañera inseparable, iba trabajando en su rostro esa estatua de pálida sombra que gusta dar a sus amantes conquistados sombriamente... Jamás le oí reír con la risa de los hombres: tenía una sonrisa dolida y fugaz en sus labios, una especie de aleteo de tristeza allí donde la anemia dibujara esas flores enfermas que se quintaesencian en las noches de insomnio... En el cuarto de amigos íntimos intentaba la Música, él, que era todo melodía sin ejecución posible: con la guitarra iba cantando unos pasillos de letra y música muy suyas, con una voz que daba pena y miq-

do, porque era sombra de voz, fuga de voz, voz adelgazada en tal extremo que parecía iba a romperse y marchar con su dueño a no sé dónde... De pronto, cuando el tema musical subía de tono, algo como antiguo suspiro ascendía por la escala de lágrimas, y la voz se quebraba con infinita tristeza, se trizaba en angustiante realidad, se deshacía en múltiples cristales sangrantes que herían nuestras almas con herida imposible de definir... Bolívar sollozaba sin sollozar, gritaba sin gritar, clavaba sus manos pálidas en un cielo inhóspito y enfermaba el instante con su sola inmensa herida vital... Todo se teñía entonces de sombra: noche y sangre, sangre tísica, noche más tísica que la misma sangre... Entonces, ya conquistado el dolor por el interrumpido camino de la Música, Bolívar sacaba unos cuadernos, esos mismos cuadernos que ahora palpitan en mis manos como gaviotas asesinadas, y leía, leía, leía esas cosas tan hondamente tristes que iba creando para mandar llorar el alma...

Largo tiempo desaparecía del círculo pequeño... Fugas crónicas de su enfermedad que le postraba en el lecho de miseria y abandono, apenas con la intensa luz dolorosa de las horas que luego mediría, con medida no superada, en su poema más angustiante... Nadie era osado de visitarle en esos instantes, pues bien sabían todos que el hombre solo debe estar en pura y definitiva soledad, que toda compañía estorba o violenta cuando se abraza furtivamente a la Amada sin pupilas y sin manos, que, siguiendo el evangelio barbussiano, se está más absolutamente solo mientras más gente rodea al hombre...

Bolívar se iba apagando y, al propio tiempo, incendiándose más y más... Era fuego y nieve, fiebre y tén-

pano... Cada vez era menos de esta orilla, cada día era más de otro lado, cada instante le sonaba la tos ya como eco de lo que no suena más allá del Umbral tenebroso... Ni la ocasional bohemia, ni el ramo de violetas de la tarde cuencana, ni los ojos de la muchacha enamorada un tiempo del Poeta y ahora aterrada ante el fantasma, ponían motivo de ancla en la vida... Naufragado en sí mismo, él mismo mar y naufrago, lirio sacrificado, ánfora exquisita guardadora de tos y esputos, mártir de fiebre de infinito, pero, ante todo y sobre todo, Poeta de alcurnia única, maravilloso artifice de su propio dolor, cantor de belleza que no se ha repetido todavía y acaso no se repita ya nunca... Se iba yendo, en ese viaje sin fronteras que toda definición no sabe definir...

Fue al fin... Carne de hospital, de tristeza y anemia... Momentos antes del tránsito supremo, los amigos escuchamos la confidencia atormentada. Alguna vez, a escote de fraternales compañeros, se compró un sombrero al Poeta, pero éste, con su rebeldía bella, miró siempre en la prenda motivo de ludibrio: la fue dejando envejecer de intento, sujetándola a los soles y vientos, a las lluvias y polvaredas de los caminos... Y el odio conoció otro motivo más angustioso todavía: era guñapo de sombrero, recuerdo borroso de sombrero, harapo extrañamente humanizado por extraña manera, sin color ni forma denificados... Bolívar odiaba la prenda y como que se avergonzaba de su posesión... Creo yo que superó un abismo de alma para decirnos en su cama miserable de hospital: "Por lo que más quieran, les suplico que no me entierran con ese sombrero"...

Después, hallamos a Bolívar sobre duro banco, to-

avía sin el último regalo de las cuatro tablas que encierran al hombre sobre la tierra final, con cuatro cirios parpadeantes y unas flores, esto también presente, no sé si ingenuo o místico, de una Sor que el Poeta diera en amar en sus instantes postreros...

Os entrego sus versos, es decir, os doy puñales para que os hiráis el alma... No ha faltado la maldición de una voz, para mí muy querida, que me ha prohibido el hacerlo, acusándome hasta de necrofagia incalificable... Pero hallo el mundo tan lleno de falsas risas que entiendo profundo deber hacer entrega de este manojito de negruras... Son el sollozo bien hondo de quien fue dolor incurable, alma torturada, flor en sacrificio de tisis... Que la angustia sea con vosotros como tanto tiempo viene siendo conmigo... Después de todo, en este mundo tan lleno de toda manifestación de lo innoble, la única nobleza que va quedando, por más que dueja, es la de la angustia de unos ángeles caídos que se llaman Poetas...

Os entrego a Bolívar Dávila en el temblor de su alma... Su noche os ha de doler de verdadera hondura... Aprended a sufrir los que no habéis sufrido, y vosotros, hermanos de tristeza, sabed que hubo quien tanto sufrió, que todo nuestro dolor al compararse con el suyo es poco, poco o nada...

RIGOBERTO CORDERO Y LEON.



BOLIVAR DAVILA

Vivió tal que la flor huraña de los cardos,
alba seda en el broche de agresoras espinas:
la orfandad prematura y el vinagre amargado
que a sus sedes brindara el dolor homicida.

Alba seda en el broche de agresoras espinas
su alma: dos no se encuentran en el lodo terrestre.
No tuvo oro... y ese oro, la moneda divina
que irradiaba en sus ojos y fulgía en su frente?...

En su faz marfilina la sonrisa enigmática
de los labios sutiles, labios sólo besados
por la Amada que ahora le adormece en sus brazos.

Nació... vivió... pasó... llama de vida trágica,
Sufrió... sintió... cantó...: porque le halló POETA
le deshojó la tisis, suprema vampiresa.

Mary Corylé.

EL VENCEDOR

Van diecinueve siglos que en el monte calvario,
como un ladrón infame, murió Cristo en la cruz;
a su izquierda divina expiraba un sicario
y a su diestra el buen hombre que debió ver la luz.

Era un ejemplo vivo cada crucificado:
Gestas, el cruel bandido, fué la carne del mal;
Dimas, ese mal hombre que nunca fue malvado;
Cristo, el loco infamado, por un grande ideal.

Los tres martirizados querían la victoria,
ganar la palma ansiaban de su postrera gloria
desde el momento mismo de su crucifixión.

Y desde aquella tarde de aquel día distante,
el vencedor es Gestas, cuya maldad gigante
la humanidad conserva llamando corazón.

19 AÑOS: YO

Diecinueve jornadas, diecinueve estaciones tan distintas,
cada cual con un nuevo desengaño;
diecinueve veces que han pasado las cintas
de oro de juventud, año por año.

Y las horas caminan sin detenerse nunca
con fatídico ritmo, con igualdad eterna;
avanzan, siempre avanzan, dejando alguna trunca
ensoñación querida de una pupila tierna.

Es la vida un torrente cuyas aguas sombrías
nunca vuelven al seno que las hizo brotar;
y se alejan las ondas y se llevan los días
que prosiguen tranquilos para no regresar...

Y cada hora que pasa nos deja un desencanto:
son los minutos lágrimas de dolor y de angustia;
y los años enteros son torrentes de llanto
que a la flor de la vida van dejándola mustia.

Y cual grano de arena arrastrado del río,
por el curso fatídico siempre sigo adelante...
y es el cauce tan malo, tan terrible y sombrío
que la calma no viene ni siquiera un instante.

Y cada año que pasa jirones de alma dejo,
y aunque son diecinueve los años que he vivido,
a pesar de ser joven tengo un alma de viejo:
desengaños y penas, todo, todo he sufrido.

CARNAVAL

El paisaje está enfermo de tristeza,
el cielo plomo y la ciudad gris
parecen dos enfermos de imposible.

Martes: las cuatro de la tarde
(Día y hora, índices absurdos
que señalan la pretensión de vivir).

Llueve
y la lluvia es un inmenso fleco
que cuelga del manto inverosímil del cielo
con que se cobija nuestra amiga la tarde.

Llueve
y los hilos impracticables de la lluvia
me parecen
los alambres de una jaula
en que vive apresada mi melancolía.

Sigue la lluvia
tejiendo su cavatina monocorde.
El cielo triste, la lluvia
y yo —también triste—
formamos el tablado
sobre el que danza
la comparsa farandulera
de los que beben alegría.

Carnaval,
carnaval arrabalero,
de todas las ventanas
se tienden, como chales de plata,
cataratas de agua.

Caravana de alegres
rien,
pero su risa
cascabelea en mis oídos
más que como cascabel
como un cencerro.

¿Si en vez de caravana
será acaso el rebaño?

¡Pero son los felices;
pero son los dichosos!

Carnaval.

¿A qué el empeño de ponerse antifaz?
Si la vida es farsante
y nosotros formamos parte de la farándula
que exhibe en los tablados
ese juguete inmundo
llamado corazón?

LA VIDA EN EL CARNAVAL

.....

Todo está terminado: estamos lejos, lejos;
tu voz que era un arrullo supremo de armonías
ya no vendrá a arrullarme como en los tiempos viejos
en que curabas todas las amargas mias.

Ya no veré tus ojos sonámbulos y negros,
cuyas miradas eran nocturnos redivivos;
no escucharé tu risa que iba diciendo alegres
con la inquietud sublime de ensalmos fugitivos.

LA VIDA MISMO MATA

Yo soy como una alondra sin nido ni esperanza
que solitaria cruza cantando su tristeza,
que gime en el crepúsculo la angustia de su erranza
mientras la vida le hunde sus garras con fiereza.

Viajero fatigado sin norte en el camino,
auestas voy llevando las hondas penas mías;
mi vida acongojada de eterno peregrino
es gajo de crepúsculos de agonizantes días.

El tedio de la vida como un lebreli hambriento
me acosa a toda hora, me ladra con locura,
y el plomo pide sangre, impávido y sediento.

No hay para qué apurarse, la vida no es ingrata,
siempre nos da siquiera un cáliz de amargura
y, aun cuando sea lento, también ella nos mata.

RELOJ

Retrato de la muerte.
Música que haces bailar las horas.
Hiena terrible que no perdonas nada.

Los minutos son garras
que destrozan el seno de las horas.

Los días y las noches son positivos y negativos
de la eterna fotografía de la vida.

Los segundos que señalas
son como granos de arena
que van cayendo en el océano del pasado.

Reloj:
imagen del presente.
Asesino del tiempo que se mata a si mismo.

Tú mataste el pretérito y matarás el futuro.
Tú señalas los días que son el alma de los hombres alegres,
y señalas las noches que son el alma de los hombres dolidos.

Reloj:
máquina de tormento
que no detienes nunca el ritmo de tus pasos.

Para todos caminas:
todos miran los días;
todos slenteñ las noches.

Tan sólo para mi
los puñales de tus punteros no se mueven.

Yo no he visto las noches
ni he sentido los días.
Yo vivo en un crepúsculo de dudas.
Quiero algo:
Luz...
o sombra?...

Pero los días han pasado
y no vendrán las noches.

Yo vivo suspendido
del hilo grisáceo
de un minuto indeciso,
atado a la vida
con eslabones de incertidumbre.

Reloj:
suplicio tantálico.
En tu esfera de tormento
están grabadas las ilusiones de las horas,
que van muriendo, apuñaladas
por tus punteros asesinos.

Suenan tus campanadas,
sollozos de las horas que se mueren;
estertor del presente que agoniza;
gemido que la cuerda del minuto,
al arrancarse, esparce por los aires.

Tic - tac metálico:
letanía que reza un moribundo.

Tu rostro es siempre el mismo,
esfinge sin entrañas.
Al escuchar tu marcha, me parece que siento...

me parece que siento los pasos de la Amada,
a la que no le inmutan los dardos de mis ruegos.

Yo espero que tu música monótona me llegue
como un tango lejano
con que baila de muerte;
y escuchen mis oídos,
al son de los latidos de sus entrañas duras,
la lluvia de los pasos, los quiebrros de la muerte,
de esa mujer coqueta que yo tendré en mis brazos,
para salir del mundo,
al son del tango de tu tic - tac sombrío;
ebrio con la champaña de los días
escanciados en el cristal de una ventana.

Espero que los proyectiles de tus horas
estallen sobre mi corazón,
a la vez que el lazo de tus días
que has echado a mi cuello,
me ajusten con el nudo del minuto,
sintiendo el beso de la amada fría,
y que luego se quiebre
el cristal de esperanza de tu esfera...



LA ROSA QUE HE BESADO

Era una noche pálida, de palidez de luna,
había livideces de amores olvidados;
la calle estaba triste como sintiendo alguna
eterna pesadumbre de idilios apagados.

Ella, la amada dulce, la de ojos soñadores,
la musa de mis versos, de boca como fuego,
aquella a la que trovo cariños y dolores,
la novia pensativa a la que siempre ruego,

brillaba en su ventana como un claror de aurora,
iluminando mi alma con los dulces dolores
de una pasión vibrante que mata hora por hora.

Y de sus castas manos cayó, como crisálida,
una rosa eucarística, como una virgen pálida,
¡y aquella rosa es dulce como caricia cálida!

MI VERSO

Quisiera hacer un verso fantástico, Incoherente,
que pinte la locura de mi vivir extraño;
que sea un gran absurdo de un cerebro demente:
virtud, vicio, crepúsculo, aurora, desengaño.

Tallar quisiera un verso como joya suprema
de rubies y perlas, zafiros y diamantes,
de amores y venganzas; un divino poema
que reuna lo presente con lo que ha sido antes...

Oye mujer, escucha, ese verso que quiero
plasmear con loca fiebre debemos hacer juntos
hoy que nos cubre el frío de los sueños difuntos.

Música, grito, amor, canción en un alero,
castidades sensuales, mujer que ama y olvida:
así será ese verso que ha de clisar mi vida.

DE BLANCO

Es tan triste la luna, yo no sé lo que siente
la errabunda noctámbula con cortejo de estrellas;
riela cándida y pura, majestuosa, silente,
y se aleja dejándonos las nostalgias por huellas.

Oh los rayos de luna con temblor de canciones,
de color de añoranza que está lejos, muy lejos,
con sus hilos plateados forman red de ilusiones
que se van a la luna en sus niveos reflejos.

Yo le quiero a la luna por su angustia de cirio,
porque es pálida y triste como es pálido el lirio
y porque en mi abandono tan sólo ella me besa.

Mi vida es un pedazo de esa luna de hielo,
por eso, cuando envía su canto desde el cielo,
de blanco, como novia, se viste mi tristeza.

CONFIDENCIA

Amor: si yo pudiera cambiar la vida mía
con el trino de un pájaro o el rumor de algún río;
si mi tristeza enorme tornárase armonía,
todo, todo te diera, como ofrenda, Amor mío...

¡Qué no podría dartel! Mi vida no te he dado
porque ya nada vale: es una pobre rosa
de veinte hojas marchitas que se han envenenado
bebiendo el imposible que lleva cada cosa...

Tú, en cambio, has sido mía, divinamente mía;
ante mi vida eres la dulce jardinera
que ha podado el arbusto de mi melancolía.

Y tus ojos tristísimos como dos misereres
tatarán el recuerdo de mi cruel primavera
cuando venga la Muerte por saber si me quieres...

PSÍQUIA

En la pradera inverosímil de mi vida
hallé tu amor como si hallara
un trébol de cuatro hojas.

Nos lanceó el destino...

Después

yo era un árbol
en que se posó tu vida
como encanto.

(Piensa que los árboles
tienen por corazón un himno).

Tu boca era una heridita fina
en la que exprimi un racimo de besos,
(qué efecto te tizo el jugo
de ese racimo loco?)

En algún rincón de tu melancolia
busca las perlas rosas de tus días mejores
y arregla el salón de tu presente
a que recibas la visita inquietante
del caballero Recuerdo.

Recordar!

Extender el metraje de todo lo vivido:

crucificar la Vida
sobre el madero santo de la melancolia.

La vida!

La vida es una cinta métrica de años.
Cuánto habremos medido?

La vida es una herida que se agranda
y de ella saltan los minutos
como rubies líquidos.

La vida es la mordedura del dolor
de los retornos imposibles.

La vida...

Pero a qué ser las víctimas
de esa interrogación?

Rasga el aire un poema...

Ries?

Rie,
tu risa es un salterio de ternuras.

Rie

aunque también tú eres la vida,
pero la vida hecha una Princesa
que tuvo la travesura
de robarme esa joya suprema
que llaman juventud
y adornarse con ella...

Me miras?

Fléchame con tus pupilas,
tatúa con tu pasión mi vida
y dame a beber las cascadas luminosas
que saltan de las noches de tus ojos.

Acércate
más, mucho más,
y cierra los ojos
tal si cerraras dos interrogaciones.

Acércate
y muéstrame la herida de tu boca
para poner en ella el rosado delito de un beso.

Acércate
— ¿.....?
— ¡.....!

Vamos,
el día nos observa demasiado.

Vamos;
pero vuelve a reír,
que tu risa se desgrane en mis oídos
como las cuentas de mi rosario de ternuras.

Rie...

BOLETO DE IDA Y VUELTA

Me quisiste,
me quieres.

Me diste tu cariño
como una niña que diera la lección
que le enseñara la Vida;
y yo,
maestro cansado,
me retiro por siempre.

Comprendes que me voy?
Oh la última cita,
estación de partida
que se pierde a lo lejos.

Me quisiste!
Yo atravesé el broquel de tu coquetería
y te partí el corazón con mi orgullo
en busca de la joya anhelada.

Amor!
Amor?
He buscado ya tanto
y sólo voy hallando la grasa de lo simple;
he buscado ya tanto

que ha venido el cansancio
a adormir mi inquietud.

Pobre novia, te dejo
y yo sé que me amas,
pobre novia,
es que tú no has sabido
que es desgracia ser novia
de un poeta bohemio.

A que seas mi novia
te hace falta el bautizo
de un rayo de infinito.

Y me voy!
y en recuerdo te dejo
una diadema de ilusiones desvanecidas
a que adornes la frente de tu pobre esperanza.

Y me alejo!
Permiteme el juguete de tu mano
para depositar en ella el óbolo de mi abandono
como ofrenda nupcial
de un amor imposible.

Y me alejo,
y te olvido.

Y sabe:
mi olvido es un puñal
de acero de desprecio
afilado en la piedra de mi indiferencia.

* * *

Oye mujer:
no te agujerea el recuerdo
de la última cita?

Habla
que quiero adivinar tu equilibrio
sobre la cuerda del disimulo;
quiero alabar tu fama
de acróbata de la vida.

Quieres mentir que me odias?
Si sigues esa senda
morirás en la sombra
acribillada por la duda de todos.

Tú me amaste y me amas;
y, a más de eso,
la luna rubricó aquella escena
de la última cita
con un rayo de plata.

Y por eso yo le amo a la luna
cuando se halla en menguante,
¿no te inquieta su forma
que semeja la daga
de mi sangrante olvido?

Oh la luna en menguante!
¿No te besa con frío
la impresión de que sea
un pedazo perdido de la última carta?

Oh la luna en menguante!
me parece un zapato de bruja
que calzara la noche
para un baile imposible
sobre la seda púrpura de tu corazón
a que sangre el recuerdo de la última cita.

Oh la noche!
Semeja elegante coqueta
asomada a un palco de sombras

para dar a la vida
una sonrisa de constelaciones
y escuchar el concierto del tiempo.

Y la noche coqueta
te dirá muchas cosas del puñal de mi olvido
como perteneciente a algún mago
que tiene la locura de partir corazones.

Y ahora, vamos,
amada de otros tiempos mejores;
regresa a prisa, a prisa;
talvez te espera un hombre,
novia que fuiste mía,
que siempre serás mía y siempre novia
y eres la esposa de otro.

Han caído las horas como hojas de Otoño
y los días se han muerto como todo se muere.

Pobre novia.
Jardinera fué un día
del jardín crepuscular de mi melancolía.

He dormido a la sombra del recuerdo de ella,
entre tanto
los días han pasado su larga procesión.

He vivido del sueño
y también del recuerdo
y por eso he vivido la muerte.

Y ahora vuelvo a vivir la vida
por estar junto a ella.
En la estación de partida
de la última cita
la novia nos da siempre
boleto de ida y vuelta.

Es de noche,
es estio.
Y esta noche lunada
parece una coqueta que hubiera trasnochado.

Esta noche de estio
parece un carnaval de las constelaciones.
El minuto es un psalmo
de luninarias blancas.

Siento el embrujamiento
del rodar de los mundos.
(También yo soy un mundo
que ruedo en lo infinito
camino de lo desconocido).

Y está la noche blanca
como novia que aguarda
junto a la Cruz del Sur.
¿Esperará el mensaje
que traerá un aereolito?

Plenilunio!
La luna es una pandereta
en manos de la noche gitana.

UNA TARDE

El sol enviaba su diaria despedida
mientras la tarde
quebraba la historia de su cuerpo
en los brazos del otoño.

Las manos macilentas de la noche
arañaban las puertas del crepúsculo
que vacilaban al empuje de las sombras

Flaca y escuálida la soledad
me daba sus labios pálidos
para exprimir un beso de abandono,
en tanto la llovizna monótona
de los minutos indiferentes
empapaba el sudario de lo que se va.

Un aereolito cruzó el espacio
rubricando lo imposible.

Por última vez me besó el recuerdo
de la novia que amé
pero que no existió nunca,
y entonces, abrazado a una lágrima,
rodó mi romanticismo.

Todo mientras la calma
depositaba un ósculo de temblores
sobre la historia de la tarde.




LA QUE NO VENDRA

Vivo siempre buscando una novia exquisita
de pupilas dormidas y violáceas ojeras,
una exótica amada con ternura infinita
cuyos labios me queman con caricias sinceras.

Me imagino que es pálida como un rayo de luna,
que una tenue tristeza su alba frente ensombrece,
que su voz tiene encantos de canciones de cuna,
¡una novia imposible que en mi senda florece!

Y sentado en el borde del sendero de todos,
escrutando el oleaje de la Gran Caravana,
doy mi vida esperando a esta novia lejana.

A esa amada imposible la he llamado en mil modos,
y no llega; y cansado se va ya el corazón
marchitando a los soplos de la desilusión.



ERRANZA

Yo soy un peregrino cuyo espíritu inquieto
entre los mil senderos que ofrécenōs la vida,
displicente ha tomado, como supremo reto,
la senda más difícil, porque es sólo subida.

El final de mi marcha no conozco de fijo,
porque tengo ideales que revuelan muy alto;
sólo sé que son grandes los destinos que elijo
y a la meta algún día llegaré dando un salto.

Son enemigos débiles Dolor, Melancolía;
y si me dan tristezas cantando las sirenas,
he de seguir la marcha con mi fardo de penas.

Yo sé de mi camino y es inútil el guía,
porque, aunque obstaculicen mi marcha algunos cardos,
florecerán mañana en mi senda los nardos.

EL MAL DE LA VIDA

Yo llevo un mal extraño, fatal, desconocido,
—y, a pesar de ser daño, también es tentación—
es el mal de la vida, del amor y el olvido,
que, como una serpiente, mordió mi corazón.

Y no es que ella, mi amada, la de melena de oro,
me haya envenenado con su boca carnal;
ni que la pobre pálida que me brinda el tesoro
de su cuerpo me abriera las compuertas del mal.

Hoy que noctambulaba bajo un cielo estrellado,
fingiendo las estrellas ser besos de algún Hado
que a la noche venía a ofrendarle su amor,

comprendí que en la vida a mi mal no hay remedio,
porque voy coronado con espinas de tedio
que me ensangran las manos cuando arranco una flor.

ATARDECER

El ritmo torturante de esa tarde de lluvia
elastizó el minuto de la emoción intensa;
Ella en mi pecho puso su cabecita rubia
como un ensueño rosa sobre una angustia inmensa.

Me dijo frases de oro, perló de amor mi oído,
me hablaba emocionada como una sensitiva;
pero Ella nada dijo del duelo del olvido.
Y la tarde, entre tanto, melancólica se iba...

Cual pobres costureras, la Tarde y su Tristeza,
con los hilos de lluvia iban tejiendo el tedio.
Y Ella, interrogante, levantó la cabeza.

Y que decirla tuve de mi mal sin remedio:
que así como esa tarde grisácea se moría,
también yo era una tarde que igual me acabaría...

TU RISA

Cuando tú te ries sonrien las flores
con la ingenua risa de pétalos blancos;
cantan las alondras y los ruiseñores
y los hombres se hacen más buenos, más francos...

Tu risa diluye perfumes de loto
y perla las gotas de las ilusiones;
y un amor muy nuevo, un amor ignoto,
bate con sus alas mustios corazones.

Tu risa es un claro de luz, es fontana,
claror de alborada, fulgor de mañana,
abeja dorada que pica en el alma.

Es ave viajera que pasa cantando
y con sus arrullos nos va arrebatando,
para deshojarla, la flor de la calma.

EPILOGO

He amado con mi alma, con íntensa locura:
unos labios purpúreos se han posado en los míos;
he escuchado palabras de inefable dulzura
y han llegado hasta mi alma unos ojos sombríos.

Después de haber vivido todo ese gran poema
ya no me queda nada, ni lágrimas siquiera.
El dolor de la vida como un tizón me quema
y la duda me muerde como una hambrienta fiera.

FATIGA

¡Qué feliz el que muere! Qué feliz, yo le envidio.
Feliz porque no siente y no ha de sufrir nunca;
la muerte, como quiera, es dulce y el suicidio
es bálsamo que salva cuando la vida es trunca.

Quisiera con mis manos cavar mi propia fosa
y hacerla de tal modo que el fondo no se vea,
que no haya ningún mármol, que no haya ni una rosa,
que desolada y triste y abandonada sea.

¿Por qué si es que la vida es cáliz de cicuta
habremos de apurarlo tranquilos gota a gota?
¿Por qué seguimos siempre la misma negra ruta
pudiendo encaminarnos hacia la muerte ignota?

Viviendo yo no vivo, me muero en un encierro,
porque la vida es cárcel que sólo angustia exhala;
para vivir es fuerza tener alma de hierro
y un corazón de piedra, porque la vida es mala.

HOJAS SECAS

Ya están frías las tardes, ya está el cielo grisáceo;
el sol parece enfermo y el campo en agonía;
los púrpuras ocasos se visten de violáceo
y las flores se mueren con temblor de elegía.

El verdor de las hojas ya se ha vuelto cetrino;
ya las brisas de Mayo de mirífico acento
han perdido lo bello de sutil y divino.
¡sólo se oye el gemido de las hojas y el viento!

Y la lluvia que cae como gotas de llanto,
empapando el sudario de dolores del alma,
nos dá tedio y tristeza, nos dá angustia y quebranto,
y esas aguas se llevan el dulzor de la calma.

¡Es Octubre, es Otoño! Es el rostro ceñudo
que nos muestra la Vida como esperanza rota;
estación en que el viento azotándonos rudo
nos empuja a la muerte como hacia mar ignota.

Y las hojas heridas por el viento inclemente,
temblosas exhalan doloroso gemido,
porque están condenadas a caer de repente
y sentir la amargura y el dolor del olvido.

*
*
*

Pero al árbol siquiera le resta la esperanza
que han de cambiar los días y habrá luz y colores,
que volverán las aves cansadas de su erranza
y habrá música y trinos, y habrá efluvio de flores.

Y yo que siempre llevo un doloroso Octubre
sobre mi pecho enfermo y físico de amar,
me encuentro ya cansado de ver cómo se cubre
mi corazón con nubes que nunca han de faltar.

Y ya la golondrina de aquellos dulces días
se fué y ha fabricado su nido en otro lar;
de Octubre serán siempre todas las horas mías:
pues ya que tienes nido tú no has de regresar.

Recuerdas esa tarde? Tú me ofreciste un beso
largo, intenso y ardiente: fué beso de verano;
hoy quisiera de nuevo tu boca de cerezo
y el temblor sensitivo de tu cuerpo liviano.

¿Pero a qué suplicarte que me brindes tu boca,
si has besado ya tanto que ese fuego de antaño
ya no quema en tus besos, por ser frivola y loca,
y prende, en cambio, un frío doloroso y extraño?

Tu boca sabe el precio de los besos pagados,
de los besos mentidos y después olvidados,
hoy tú misma no sabes de ese beso que inquieta.

Si por tu mala vida te araña la tristeza,
recuerda viejos tiempos, vuelve atrás la cabeza,
y añora aquella tarde que te besó el poeta.

Amo una novia exótica de ojos de intensa noche,
de labios que murmuran nocturnos nunca oídos;
una novia muy pálida que en súplicas reproche
las amarguras frivolas de los hombres vencidos.

Quiero que los dos pétalos de sus labios de hastio
sean de rosas blancas de olor a cementerio;
que sus besos murmuren las canciones del río
que va sin saber dónde, camino del misterio.

Ha tiempo que la aguardo con la esperanza loca
de que venga a brindarme la histeria de su boca
para exprimir un beso de frialdad de roca.

¡Acaso ya no venga ni escuche mi romanza!
Ya en el sendero amargo de mi estéril erranza
ha florecido el cardo de la desesperanza.

MISERERE

La tarde desangraba sus últimos minutos
que, enfermos y tristes, se arrebujaaban en la noche,
mientras florecía en la soledad
la flor enferma del ángelus.

El trágico suspiro de las campanas,
brotando del seno de las torres,
se enredaba en el crepúsculo
que se moría de imposible.

Las alas del descanso
adormecían al frívolo bullicio
de la ciudad coqueta
que acudía a su cita con las sombras.

El trovador del momento
entonaba la sinfonia del silencio.

Al borde del río de mi vida,
de pie en la encrucijada
de mis diecinueve años
contemplaba la película de la existencia
monótona y prosaica como siempre.

Luego miré el desfile grotesco de los recuerdos
vestidos con trajes de romanticismo,
y entonces, en convulsión de histeria,
en el hospital de mi corazón
moría tísica la última ilusión,
recostada en el duro lecho de la realidad,
mientras en el jardín del desencanto
aparecía la flor de un miserere.

ESPIRALES

Consumo entre mis manos
el asfixiante cigarro de la vida
y las volutas de humo del pasado
van a la catástrofe de lo desconocido
formando espirales de fastidio.

La locura taconeando en mi cerebro
un baile de bayadera inverosímil
con el frenético aplauso de mis emociones.

Ayer,
hoy,
mañana,
y siempre el mismo cigarro
prendido por la candela del minuto
que deja una llaga de desilusión.
Yo soy el temblor de lo imposible,
incógnita indescifrable
que con mis uñas de emociones
quiero arañar el paisaje,
siempre el mismo.

Amo los túneles subterráneos
porque no tienen la monotonía de la luz.
Amo la noche
porque cada sombra
es una emoción que me interroga.

Amo mi cuarto de bohemio
porque sus paredes gotean interrogaciones
y las diagonales que parten de sus ángulos
se cortan en mi mismo,
mientras fumando el cigarro de la vida
sigue taconeando la locura en mi cerebro
su baile de bayadera inverosímil.

